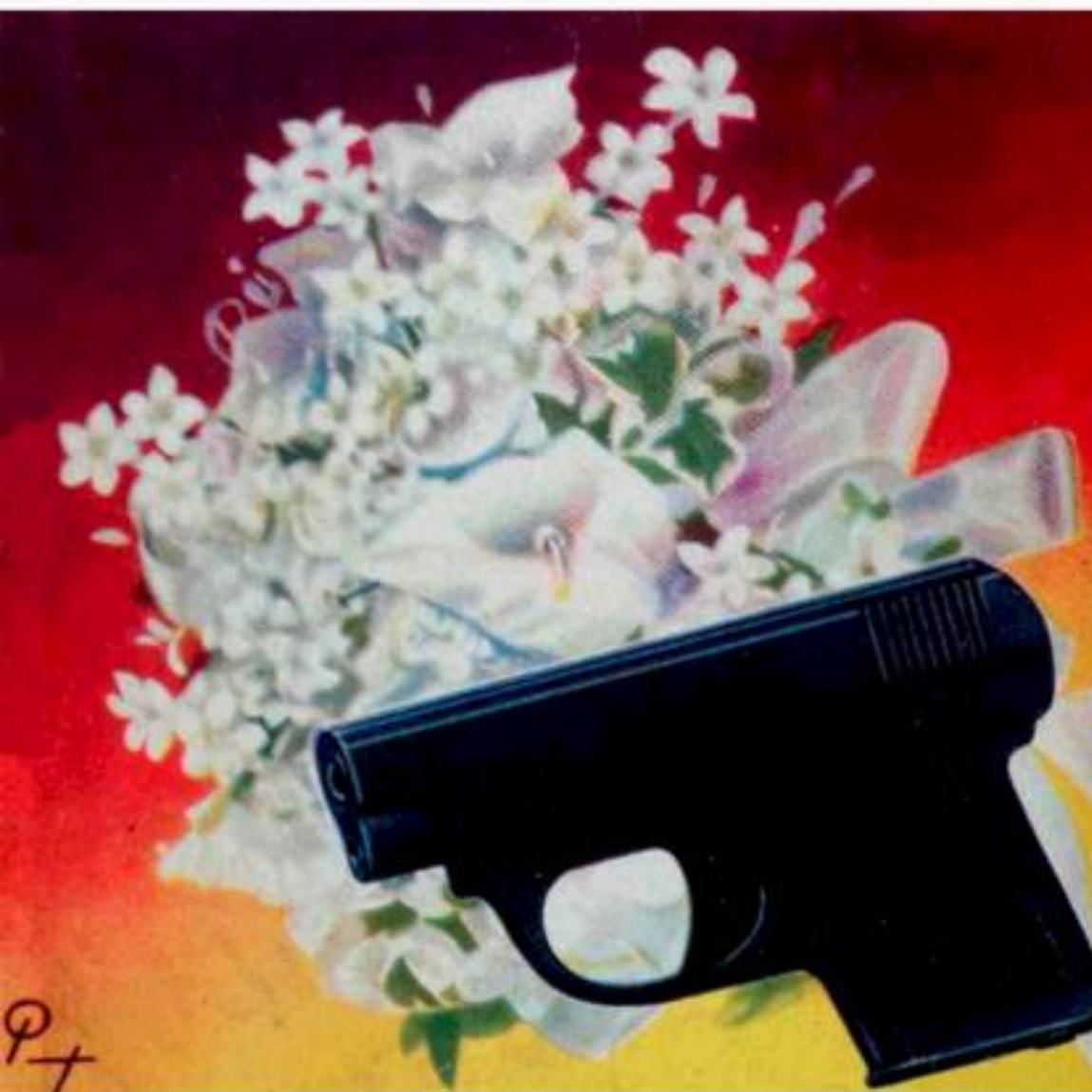


# La Muerte Asiste a la Boda

21

A. SOMERS ROCHE



COLECCION

*Rastros*

Mi alma alcanzó alturas inigualables al saber que luchaba, no solo por la mujer a la que amaba sino también por la joven que me amaba a mí. Casi de inmediato volví a la realidad. Pero Ruth había descendido de las alturas antes que yo. Las mujeres son siempre más materialistas que los hombres; sus emociones se controlan con mayor facilidad.

# LA MUERTE ASISTE A LA BODA

A. SOMERS ROCHE

## CAPÍTULO I

—¡James Roberts, póngase de pie!

Oí la voz monótona del escribiente del tribunal; pero, hasta que el agente de policía no me levantó en vilo de la silla, no recordé que ese era el nombre que adoptara yo al ser arrestado, y bajo el cual, yo, Rance Rogers, caballero de cuna por la gracia de Dios, había sido acusado de robo perpetrado con violencia. Traté de adoptar una actitud descuidada e indiferente, mientras que en mi interior me estremecía. Sentía deseos de gritar, sollozar y pedir clemencia. ¡Pensar que el impulso de un momento sería castigado con varios años de prisión!

Empero, mi orgullo me impidió hablar cuando el juez me preguntó si tenía algo que decir antes de que se pronunciara la sentencia. Solo sacudí la cabeza. ¿Qué tenía que decir? El jurado me halló culpable sin siquiera levantarse a deliberar. El prisionero miró al jurado y el jurado miró al prisionero, y la palabra «culpable» resonó en la sala del tribunal, sellando mi destino.

Y ahora, el juez Mantolini se inclinó hacia adelante. Me asombró notar que su voz tenía una suave inflexión y que sus ojos habían perdido su acostumbrado brillo de crueldad.

—El suyo es un caso extraordinario, Roberts —declaró—. Entró usted en la joyería de Theodore Mannheim, en la Sexta Avenida, y le arrebató de la mano un anillo de brillantes que él le había mostrado cuando fingió usted que deseaba comprar ese artículo. Derribó de un golpe al señor

Mannheim, pero el empleado lo asió a usted de la chaqueta y le contuvo hasta que llegó la policía. Rehusó usted justificarse, y no brindó su ayuda al abogado designado por el tribunal para defenderlo. Sus acciones y modales fueron los de un criminal empedernido. En vista de la naturaleza de su delito, era mi intención imponerle la pena más severa prescrita por la ley para estos casos.

Esos labios mentirosos se curvaron de súbito en una sonrisa benigna. La voz del juez se elevó para proseguir:

—Pero la justicia debe siempre ser templada por la piedad —tronó—. El juez, que no es más que el humilde instrumento de la voluntad de la sociedad, debe interpretar esa voluntad de acuerdo con los dictados de su conciencia. Y, en lo íntimo de mi corazón, siento una repugnancia invencible contra lo que me obligaría a tratar como a un felón a un hombre que ha servido valientemente a su país en la hora de prueba, y que cometió un delito para con sus congéneres solo obligado por la necesidad imperiosa.

Desde el sitio reservado para los periodistas me llegaron claramente la risa de los reporteros y estas palabras:

—El viejo Mantolini tiene ganas de agitar la bandera. Falta poco para las elecciones y es posible que el prisionero sea algún caudillo político de barrio.

—En circunstancias ordinarias —prosiguió Mantolini—, iría usted desde aquí a Sing-Sing, para cumplir allí una condena de trabajos forzados. Mas, así como la maldad recorre el mundo, también la bondad camina por las calles, espía por las ventanas, y escudriña los sitios más recónditos del corazón humano. Gracias a lo que algunos llamarían casualidad, pero que yo llamo la voluntad de Dios, estuvo presente durante su juicio un hombre bueno. Un oficial de la última guerra reconoció su nombre como el de uno de sus compañeros de armas, un ingeniero que se había conducido valientemente y había sido condecorado por dos gobiernos. Ese oficial vino a verme y me habló de usted, contándome su valor y caballerosidad. El señor Mannheim, un

caballero de corazón de oro, al enterarse de su valentía en la guerra, me rogó que fuera misericordioso con usted. Y ahora su silencio, el que yo erróneamente interpreté como una evidencia de su bajeza, es más bien la evidencia de un orgullo inmenso, un orgullo que no se rebajaría a pedir merced por causa de su antigua virtud.

El juez dirigió una rápida mirada a los periodistas, quienes tomaban todas sus palabras taquigráficamente. Los reporteros podrían estar riendo para sus adentros, pero Mantolini era siempre muy buen material para sus artículos.

—James Roberts —continuó el juez, encantado por la actividad de los periodistas—, de acuerdo con los estatutos que rigen los casos como el suyo, le condeno a usted a pasar los próximos diez años en la prisión de Sing-Sing.

Yo había esperado misericordia, y se me había brindado justicia. Un silencio profundo se cernió sobre la sala del tribunal. Eso no era lo que esperaba el público. Entonces habló el reportero al que yo había oído antes, que le dijo a su compañero:

—Al viejo le gusta ser teatral.

Y entonces, iluminando la oscuridad de mi desesperación, se oyó de nuevo la voz del juez Mantolini que decía:

—La sentencia queda suspendida.

Créame, podría haberlo matado allí mismo. Tal como juega el gato con el ratón, había jugado él conmigo. Quédese silencioso por la furia que me embargó en ese momento. Un agente, el mismo que me obligara a ponerme en pie, me dio un codazo.

—Diga algo. ¡Tonto! Dígale al juez que le está muy agradecido —me susurró roncamente.

No sé qué le dije a Mantolini. Pero él respondió a mis incoherencias con el gracioso ademán de un emperador que acepta la espada del vencido. Luego me alejé del banquillo. Aun aturdido, cumplí las formalidades requeridas para los criminales que están bajo pena condicional. Pero al fin quedé libre y salí a Manhattan respirando a bocanadas

el aire de la libertad. Podía hacer lo que me viniera en gana. Si quería, podía cruzar la calle; o quedarme en esa acera.

Emprendí la marcha por Centre Street. El pánico, que estuvo a punto de dominarme cuando me planté frente al juez, se apoderó de mí nuevamente. En cualquier momento podía sentir apoyarse en mi hombro la mano de un policía, y quizá tendría que soportar el que me colocaran las esposas en las muñecas. ¡Pues, como ya he dicho antes, mi nombre es Rance Rogers, y el nombre de James Roberts, que había servido tan valientemente en Francia, y por quien un compañero de armas pidió clemencia al juez, no era el mío!

De modo que aceleré el paso. Crucé Canal Street, tomé por Lafayette, subí al tren subterráneo en Astor Place, y salí a la calle 23. Y aun cuando se acrecentaba mi pánico, la determinación endurecía mi corazón. Un accidente fue causa de que me arrestaran seis semanas antes. Había tropezado cuando el empleado de la joyería se aferró a mí, y en la caída perdí el conocimiento. De lo contrario, hubiera muerto antes de dejarme arrestar. Admito avergonzado que no fui demasiado orgulloso para detenerme ante un robo, pero era demasiado orgulloso para ir a la prisión.

Esta vez —sonreí mientras me lo prometía a mí mismo— tendría más cuidado. Si me capturaban, ahorraría al Estado el gasto de mi manutención. Moriría antes de que me llevaran otra vez preso.

No fue solo el pánico el que me hizo salir del subterráneo rápidamente y entrar en el enorme edificio que estaba al lado de la estación. No fue solo el pánico el que me obligó a salir a Madison Square y cruzarla como si fuera un conejo perseguido por el zorro.

Una vez, en la Tierra de Nadie, durante la guerra del 14, en plena oscuridad y rodeado por el silencio más profundo, sentí la presencia del enemigo. Del mismo modo, ese día me di cuenta de que alguien me seguía.

## CAPÍTULO II

Se había producido una interrupción del tránsito en la calle 23, de modo que me vi obligado a esperar unos minutos antes de que llegara un ómnibus que fuera hacia el sur. No recuerdo la cantidad de personas que pasaron frente a mí en ese breve espacio de tiempo; pero aseguro que las facciones y aspecto de cada uno de ellos se grabaron en mi mente con claridad fotográfica. No indeleblemente, las fotografías se borrarían al cabo de media hora; pero tenía la esperanza de que en ese tiempo ya sabría quién era el que demostraba tan gran interés por mí.

Ascendí al primer ómnibus y ocupé asiento cerca del conductor. Ningún otro pasajero subió conmigo; mas, una cuadra después, subieron un hombre y una mujer, y ambos habían pasado frente a mí cuando estuve esperando en la acera. Dos cuadras más adelante, subieron tres pasajeros más, y uno de ellos que subió al primer piso del ómnibus, también había sido uno de los peatones que pasó frente a mí. Al llegar a la calle 8 descendí. Me detuve un momento observando el edificio Brevoort, que está al otro lado de la calle. Me asaltaron recuerdos de tiempos pasados. En otra época yo había podido entrar en ese y en otros restaurantes de lujo.

Seis semanas de permanencia en la alcaldía habían exacerbado mi apetito que siempre fue bueno, y antes de entrar en la prisión, pasé varios meses en los que no pude satisfacer ni la mitad del hambre que tenía. Sentí deseos de entrar en el restaurante, llenarme bien el estómago y dejar



que hicieran después de mí lo que quisieran cuando el camarero me presentara la cuenta y yo no pudiera pagarla.

Luego logré contenerme. Un impulso tal, aunque mucho más fuerte, me había llevado a la prisión. Muchas veces, durante esos días, me había prometido firmemente caminar por el camino recto. Tenía en el bolsillo exactamente cuarenta y cinco centavos. ¿Qué derecho tenía yo a pensar en una comida por valor de cinco dólares hasta que no hubiera ganado lo necesario para pagarla? En la Sexta Avenida había varios restaurantes en los que con cuarenta y cinco centavos podría comer durante tres días si me contentaba con tomar un bocado cada veinticuatro horas. Y yo era fuerte y sano. Lo que pasaba era que mi falso orgullo me había hecho considerar mi salud y músculos como medios para lograr éxitos en los deportes. Era hora ya que los considerara como medios para ganar mi subsistencia.

Así filosofando y preparando planes, había olvidado casi mi seguridad de que alguien me seguía. Pero al doblar hacia el oeste, vi al hombre que subiera al piso alto del ómnibus y que me llamó la atención en esa oportunidad. Evidentemente había descendido del vehículo en Washington Square, pues se hallaba ahora a pocos metros del sitio donde yo estaba.

Era un hombre fornido, casi corpulento, de andar ágil y liviano, y vestía un sobrio traje gris. Usaba una galera clara que hacía aún más redonda su cara. Sus labios eran demasiado delgados para la redondez de su rostro. Pensé que era un hombre gordo y mezquino, cuya mezquindad sería aún más sensible a causa de que uno no la sospecharía ni remotamente en un hombre de rostro tan jovial.

Pasó frente a mí, lanzándome una mirada indiferente, y, súbitamente, me di cuenta de que mi sexto sentido no me había engañado; me seguían, y ese hombre gordo era mi perseguidor.

Obré de inmediato, siguiendo un impulso. Le seguí los pasos, le alcancé al llegar a la calle 9, y le toqué el hombro.

El hombre se detuvo, me miró fijamente, y luego sacudió la cabeza.

—No doy limosnas —dijo—. Es una costumbre mía —agregó.

—Yo nunca permito que nadie me siga. Es una costumbre mía —le repliqué.

Su aplomo era perfecto. Miró hacia ambos lados de la calle.

—No veo ningún agente, pero no tardará mucho en presentarse uno. Le aconsejo que siga su camino, amiguito.

La indignación que por un momento se enfrió ante la perfección de sus modales, volvió a apoderarse de mí. Me reí en su cara.

—¿Y supongo —le dije— que cuando vea a un agente, le llamará usted?

—Por supuesto que sí —me replicó.

—El policía podría reconocerme. ¿Qué pasaría entonces? —le pregunté.

Una mirada de aprobación se reflejó en los ojos del gordo. Dejó de lado su actitud de dignidad ofendida.

—No está tan mal, jovencito —me dijo, riendo entre dientes, al cabo de un momento.

—Y no está tan bien, tampoco —le repliqué—. ¿Por qué me sigue usted?

—Me he tomado un interés amistoso y deseo asegurarme de que no le ocurra a usted daño.

—Usted leyó la noticia de mi juicio en los diarios o estuvo usted en el tribunal —comenté.

Él sacudió la cabeza.

—Hablé con Mannheim en su casa.

—¿Por casualidad, no será usted mi compañero de armas, el que pidió clemencia por mí? —inquirí.

—Podría serlo —replicó—. ¿Alguna otra pregunta?

—Pues, sí —contesté—. Me da vueltas por la cabeza un «¿por qué?» grande como una casa.

—No se apresure. No tiene usted ningún destino fijo. Los dos vamos a conversar un rato largo. Solo puedo concentrarme cuando estoy frente a una mesa. ¿Qué me dice? Un lomo grueso y jugoso con bastante salsa, y papas asadas y cebollas, y cuatro o cinco pocillos de café. ¿Le gusta el menú?

¿Si me gustaba? Hacía muchos meses que no oía palabras tan dulces. Por supuesto que el hombre no era honrado, y detrás de su «filantropía» acechaba alguna maldad. Pero ¿quién era yo, un criminal convicto, para despreciar la caridad debido a que no me gustaba el benefactor? Hice un débil esfuerzo para apelar a mi antiguo orgullo.

—Soy un hombre honrado —declaré.

Él rio animadamente.

—Seguro. No se preocupe. Yo pagaré la cuenta. Vamos ya.

No fuimos al bar donde yo había planeado comprar un emparedado y una taza de café, sino a un restaurante muy decente. Un plato de sopa precedió al lomito y siguió luego un pastel y ensalada. El café fue casi tan abundante como él había prometido.

Al final de la comida el gordo sacó un excelente cigarro.

—No corte el extremo ni lo muerda —me ordenó al convidarme—. Oprima uno de los extremos suavemente entre los dedos hasta que se resquebraje el tabaco. Esa es la forma de prepararlo para que tire.

Yo fumé complacido. Hasta que nuestros cigarros estuvieron a medio consumir no interrumpió el gordo el encanto de ese momento. Entonces se inclinó hacia mí.

—¿Se preguntará usted de qué se trata, no es verdad?

—Naturalmente. Se habrá dado cuenta de eso por nuestra charla antes del almuerzo —repliqué.

—Es usted un tipo duro, ¿eh? ¿No cree en los Reyes Magos? Bien, iremos al grano. Su nombre no es James Roberts. Si peleó usted en Francia, no fue como compañero de armas del individuo que habló con Mantolini en benefi-

cio suyo. Y, por lo tanto, se pregunta usted la razón de todo esto. Está muy bien, yo haría lo mismo si estuviera en su lugar. He dicho que su nombre no es Roberts —prosiguió—. No me importa un comino como se llame usted en realidad —su voz, que había sido indiferente, se endureció—. Todo lo que a mí me importa es que usted es un criminal desesperado, con diez años de prisión pendientes sobre su cabeza si comete usted un desliz. Con solo avisar a Mantolini de que lo dejaron libre por error, Sing-Sing tendrá un pensionista más.

—¿Y es posible que el juez se entere de ese error? —pregunté.

—Bien, eso es sentido común. ¿Es posible que se entere el juez? Amiguito, eso no es solo posible sino que es seguro, a menos que su sentido común sea tan grande como su apetito.

—No me asusto con facilidad. Diga lo que tenga que decir —le dije con impaciencia.

—Muy bien —replicó—, contraerá usted matrimonio esta tarde.

## CAPÍTULO III

Me reí en la cara de mi gordo anfitrión. A pesar de que mi sentido de lo humorístico estaba algo dormido, su declaración despertó en mí las carcajadas olvidadas desde hacía largo tiempo.

—Mi anfitrión contempló el extremo de su cigarro.

—Algunos lo toman de una forma y otros de otra —contestó sabiamente—. Yo, la única vez que usaré a un clérigo, será en mi funeral. Empero, supongo que un novio feliz es lo más correcto en vista de las circunstancias.

Me enjugué los ojos. Me pareció que ya mi acompañante no era un individuo peligroso. El melodrama se había degenerado, convirtiéndose en una comedia.

—Y supongo que yo seré el heredero perdido del trono de Slovania, y que usted quiere despertar mi memoria por medio del amor, ¿no es verdad? —le dije riendo.

—Allí es donde está usted equivocado. Esa ceremonia no le hará recobrar la memoria perdida; en cambio, se olvidará usted de todo.

—Oh, ¿es uno de esos casos en que el novio se ve arrancado de los brazos de la novia? —pregunté.

Él sacudió la cabeza.

—Otra vez se equivoca usted. Usted entra en escena, da una vuelta, y se va otra vez.

Desde que descubrí que me seguían, me había estado preguntando, cuál sería la explicación. Ahora me pareció que mi interlocutor estaba loco. Aparté mi silla.

—Usted es un desconocido para mí. Usted me sacó de la cárcel y me ha dado de comer. No podría soportar el endeudarme más con usted. Tener que deberle una esposa además de todo lo que...

—¡Qué obstinación! No puede convencerse de que hablo en serio —me dijo—. Bien, la razón más poderosa es el dinero. ¿Le gustaría ser dueño de diez mil dólares?

—¿Así que la novia tiene dote también? —dije.

A pesar de lo raro de la situación, comenzaba a convencerme de la seriedad del gordo. Y si mis palabras eran livianas, mi tono era serio.

—Diez mil dólares, amiguito, y nadie que le diga a usted que haya robado nada.

—El costo de la vida ha aumentado —le recordé—. Es muy difícil alimentar a una esposa con los intereses de diez mil dólares.

—¿No le dije que se alejará usted de su esposa? Se casa con ella y se va. Ella no le verá más ni usted a ella tampoco. ¡Vaya! Si hay un millón de maridos que estarían contentísimos de que se les diera una oportunidad como esa.

Una vez más se curvaron sus labios delgados en una sonrisa.

—La combinación parece ideal —le dije—; pero no sé por qué no me satisface del todo. Le estoy muy agradecido y la memoria de esta comida me apenará cuando le cuelguen a usted.

Me había puesto en pie mientras hablaba y le extendía la mano. Pero al ver el brillo de sus ojos crispé los puños. Instintivamente, me preparé para defenderme, pues había una expresión asesina en su mirada.

—Siéntese, bromista tonto —me ordenó—. ¿Se ha vuelto estúpido? ¿Cree usted que la mano que lo sacó de Sing-Sing no usó nunca un puño de hierro? Parece que no le puede entrar en la cabeza que esto no es una broma. Bien; pórtese como si fuera una broma. Salga de aquí, tal como empezó a hacerlo, y vea hasta dónde llega. Dese

vuelta, eche una ojeada a la puerta. Dentro de diez segundos verá pasar a un individuo alto y delgado. Espere un momento más y verá a uno más bajo y grueso. ¡No me crea a mí, mire!

Casi hipnotizado por su ferocidad, le obedecí. Pasó un hombre alto y delgado, y, un momento después, pasó uno bajo y de brazos largos como los de un gorila. Ambos miraron hacia el interior del restaurante.

—Lo arrestarán si les hago señas; eso es lo que harán —me prometió mi anfitrión.

—Y cuando les diga yo lo que hemos hablado... —comencé.

—¿A quién se lo va a contar? ¿A su compañero de celda? ¿O cree usted que Mantolini llamará a los periodistas para que le oigan declarar a usted que el juez había sido sobornado? —me miró fijamente—. Y me parece que es usted tan tonto como para tratar de hacerlo. Daré otra señal. Y esa señal significará que lo matarán por resistirse a la autoridad. Y el resistirse a la autoridad significará que ha parpadeado usted.

Deliberadamente sacó un cigarro, oprimió uno de sus extremos y lo encendió con toda calma.

—Vaya, hable, y reciba lo suyo —me dijo.

No creo yo ser más cobarde que las otras personas, ni ser más valiente; pero el salir de ese restaurante para que me mataran como a un asesino requería más valor del que yo tenía. De modo que me senté nuevamente.

—Ningún hombre de negocios rechaza una proposición hasta haberse enterado de todos los detalles —dije.

—Bien, usted ha oído todo lo necesario. Hay una chica, usted debe casarse con ella; le pagaremos diez mil dólares, debe luego quitarse de nuestro camino.

—¿Debo irme muy lejos?

Él se encogió de hombros.

—Eso queda por su cuenta. Si lo vemos en Nueva York media hora después de la boda, lo quitaremos de en me-